

GARCILASO

P o r JORGE ADALBERTO VAZQUEZ

1

LA poesía lírica española alcanza su crisis a partir de la aparición meteórica de Garcilaso. El Siglo de Oro arranca de él, y todos cuantos después habrán de superarle por la hondura del pensamiento filosófico, o por la extensión horizontal de su obra, reconocen en el precursor la calidad intrínseca que el paso de cuatro centurias aquilata y confirma. Gozne obligado entre dos edades que un abismo parece dividir, hacia atrás queda la rudeza estructural del lenguaje métrico, y hacia este lado la lozanía idiomática que lo acerca al minuto que vamos viviendo. Acaso, de los anteriores, sólo Jorge Manrique resiste prueba de lectura con las magníficas coplas a la muerte de su padre, el maestro don Rodrigo. Los demás: Juan de Mena, el Marqués de Santillana, el Arcipreste de Hita, y más aún, el rapsoda incógnito del "Poema del Myo Cid", cuya ingenua y cautivadora expresión hace su epopeya tan atrayente para cuantos, versados en letras, no necesitan la mano segura que los conduzca por los vericuetos lexicográficos que son su problema, requieren, en forma indispensable, la traducción del texto, a la manera que con acierto sumo llevó a cabo Alfonso Reyes la del monumento angular de la literatura hispánica, en la edición que incluye Calpe dentro de su conocida "Colección Universal".

Poco importa la falta de originalidad ideológica de que sus comentadores lo acusan; menos aún la prioridad que quiere darse a Juan Boscán en la introducción del verso endecasílabo, trasplantado de Italia y hecho carne española; de tal manera se incorpora e identifica con la sugestión de Navagéro a aquél, que quien debiera ser discípulo y continuador es ejemplo, y fija, en forma definitiva, las normas que hasta ahora rigen en lo que concierne a la adquisición, desde entonces centro y nervio de la actual poética. Lo que en Boscán es hierro informe, en el que ni siquiera las escorias de la fragua han desaparecido sobre el yunque, y en que resucitan los ensayos de sus predecesores en el intento, Micer Francisco Imperial y don Iñigo López de Mendoza, es oro

fino en Garcilaso, libre de toda impureza, según se prueba en el crisol del tiempo. Y, aurífice eminente, la substancia se hace dúctil en sus manos. Todo el Renacimiento parece cuajarse en los dedos; así minia el primor en once sílabas, donde queda prendida también la abeja ática, como en el verso en que creyérase oír aún zumbar las alas del insecto.

"... cuál por el aire claro va volando..."

o en aquel otro en que se escucha, como nacido del fondo mismo de la entraña cordial

"El dulce lamentar de dos pastores..."

2

Noble por la sangre; lo es más por el espíritu. Si por herencia caballero y prócer, por el ingenio deviene pronto Príncipe de la Poesía Castellana, como lo aclaman los altos representativos de las letras: Fernando el divino, Cervantes, Lope, Góngora. Todos le rinden pleitesía. En sus fuentes abrevarán los líricos más hondos. Copian su forma estrófica San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, para escalar las cumbres de la exaltación mística el primero; para mecerse, el salmantino, en el dulce arrobamiento de la paz interior conquistada en el ocio meditativo que lo aparta del fárrago del mundo, mientras

"... el aire el campo orea

y ofrece mil olores al sentido..."

Introduce —inventa, dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, extremando la importancia de esta conquista lírica—, la oda en el idioma de Castilla; adapta, tomándola de Bernardo Tasso, la canción italiana en versos de siete y once sí-

labas; crea la *lira*, aprovechando los propios elementos; perfecciona la octava y el soneto; afirma, para la epístola, el terceto, que Boscán ya ha empleado en la que dirige a don Diego Hurtado de Mendoza; lo incorpora en su égloga segunda, y trázale un nuevo destino en la elegía; sólo fracasa en su intento de *rima al mezzo*, que es, no obstante, alarde técnico digno de todo encomio.

Lector asiduo de Virgilio, en él encuentra el númen. Su cultura humanística, su conocimiento de las lenguas —integran su caudal el griego, el latín, el francés y el toscano, y acaso las germánicas, adquiridas en sus peregrinaciones por Alemania en servicio de Carlos V, y en su prisión en la isla del Danubio—, le prestan la agilidad visible en su obra entera, que no tiene un solo momento de desmayo, a pesar de las ocupaciones múltiples de su vida azarosa, cortesana y guerrera. La influencia del Mantuano, innegable, es interna: en él nutre su amor a la naturaleza, su actitud idílica, quizás su laicismo integral, que le permite mostrar, bajo la cobertura, la belleza serena de un mármol pagano; sólo en lo externo es petrarquista: menos conceptuoso, distante de las sutilezas retóricas en que se quiebra el arte opulento del cantor de Laura; más próximo a Sannazaro, de quien también recibe influencia en lo formal de las églogas, construídas y estructuradas sobre las bases clásicas que dan pie a las eruditas anotaciones de Herrera y del Brocense.

Así es de fecunda y poderosa su constitución mental, que en el breve discurrir de su existencia, deja una obra limitada en extensión, pero tan enorme en trascendencia y resonancias, que en su torno gira toda la poesía del Siglo de Oro y cobra el lenguaje la flexibilidad que le hacía falta, para entrar de lleno en la senda de perfección en que hoy lo vemos, tras el esfuerzo magnífico de aquella pléyade de ingenios, sus continuadores inmediatos.

3

Hemos hablado del poeta: digamos algo sobre el hombre. Gentil, apuesto, cortesano, realiza la síntesis armoniosa que es casi el arquetipo. Parece inspirador de las palabras de Gracián. Oigámoslas:

“Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe. Gradúan, en primer lugar, los apasionados el entendimiento por origen de toda grandeza, y así como no admiten varón grande sin

exceso de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza”.

En lo físico, cumple debidamente lo exigido. Tamayo de Vargas lo retrata: “En el hábito del cuerpo —dice—, tuvo justa proporción, porque fue más grande que mediano, respondiendo los lineamientos y compostura a la grandeza; la trabazón de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivísimos con sosiego, y todo el talle tal, que aún los que no le conocían, viéndole le juzgaran por hombre principal y esforzado, porque resultaba de él una hermosura verdaderamente viril”.

El carácter también responde a la demanda. De valor temerario, sirviendo en las banderas del César español, asiste a numerosas contiendas, y muchas veces es herido en ocasiones en el rostro. Cae así, mortalmente lesionado, al asaltar de los primeros un fortín en la campaña de Provenza, el 23 de septiembre de 1536. Una gran piedra, que le despeñan de lo alto, arrójalos de espaldas en el foso, del que lo sacan moribundo, para ir a morir en los reales de Niza, a donde lo conducen, veintiún días después, cuando cuenta apenas 33 años de edad, en los brazos de su amigo entrañable, el Marqués de Lombay, que más tarde renunciara su título para ingresar a la Iglesia, que ahora lo venera bajo el nombre de San Francisco de Borja.

Sobre su tumba han llorado todos los poetas; su nombre aparece en todos los tratados que a la métrica se refieren, y continúa considerándose hasta ahora como el Príncipe de la Poesía Castellana. Góngora, el siguiente gran renovador del lenguaje lírico, hizo este madrigal “para inscripción de la fuente de quien dijo Garcilaso: “En medio del invierno”, etc.

“El líquido cristal que hay desta fuente
admiras, caminante,
el mismo es de Helicon:
si pudieres, perdona
al paso un sólo instante;
beberás (cultamente)
ondas, que del Parnaso
a su Vega tradujo Garcilasso”.

Guadalupe, Inn, D. F., julio de 1936.